

peluqueros. Sin embargo, nada habia allí de *descabellado*; eran peluqueros, y de ningun modo hubieran consentido nada que á *descabello* oliese. Nada de desórden tampoco, á no incurrir en la pena marcada en el artículo único del bando de policía comunicado por medio de un robusto y extenso renglon que en derredor del salon se leia y decia así: « *Il est défendu des gestes et des actions indécentes : ceux qui les feront seront immédiatement faits sortir du salon* : está prohibido hacer gestos y acciones indecorosas : los que las hicieren serán obligados á salir inmediatamente del salon. » No nos prometíamos nosotros otra cosa de un gremio de peluqueros, cuyo lema *capital* es la decencia y el aseo.

El corazon de Tirabeque bailó tambien un rigodon de alegría al oír tocar á la orquesta la sinfonía del *contrabandista español*, oída la cual nos salimos á ver á un hombre que tenia entretenido un numeroso concurso á su derredor con juegos de manos (porque funcion sin su *joueur de gobelets* en Francia sería manca y defectuosa), sobresaliendo entre ellos el pasarse una barra de hierro candente por la mano, é introducirla despues por la boca y garganta; incombustibilidad, que como observó Tirabeque, mas que en los *Campos Eliseos* le podia ser provechosa en los *infiernos*, si acaso estaba destinado á dar allí algunas funciones.

Hubo despues su globo aerostático, á cuya elevacion reparó Pelegrin que las gentes se quedaban con la boca abierta como en España; concluyendo la funcion con unos lindos fuegos artificiales, cuyas flámulas eran casi de tan variados colores como los partidos políticos españoles.

Las Montañas rusas.

Pero lo que mas le agradó de toda la diversion fueron las *montañas rusas*, especie de montañas artificiales, inventadas por *Mr. Populus* de Paris en 1816, así llamadas por la semejanza á las montañas de hielo que suelen hacer los rusos para divertirse en los inviernos resbalando suavemente por ellas sentados sobre una piel ó en un asiento muy bajo. En estas de Francia, que son de madera, y que han constituido el furor de las diversiones populares por muchos años, se desciende rápidamente desde una enorme altura en pequeños carritos cuyas ruedas no pueden salirse de los carriles por donde bajan. La velocidad con que se desciende es tan rápida, que casi llega á pararse la respiracion y á perderse los sentidos, pues no se tardará mas de un minuto en

bajar el cuarto de legua que tendrá de distancia la montaña entre los giros y conversiones que hace desde la cúspide hasta el suelo; pero hay gentes tan ejercitadas en estos juegos, que bajan con la mayor serenidad, y con tal confianza, que á veces se arrojan dos personas simultáneamente y descienden por los dos carriles en pié y abrazadas sin desasirse en toda la carrera.

Tirabeque lo miraba embobado, y me decia : « Sr., esto sí que es progreso rápido, y no todo lo que se conoce por allá; esto es mas que republicano, Sr. — Sí, pero dura poco, Pelegrin; y así como el que mucho abarca poco aprieta, así tambien el que mucho corre pronto para. — Sr., yo querria echar una carrerita, no cuesta mas que cinco *sous*, y por otra parte no debe haber cuidado cuando hasta mujeres bajan por la montaña. »

Echó en efecto Tirabeque su par de carreras, y hubiérase estado corriendo por la montaña rusa hasta otro dia si yo no le hubiera dado la órden de retirarnos á descansar.

El Cementerio.

En un pueblo en que tan cómodas, anchurosas y elegantes viviendas disfrutan los vivos, no era regular que tuviesen una mezquina morada los muertos. Grande y suntuoso es en efecto el cementerio católico de Burdeos; acaso es el segundo de la Francia, y no tengo noticia de que haya en España alguno tan magnífico como él. Poblado de árboles frondosos y sombríos, simétricamente colocados; únicos amigos, que despues de haber servido al hombre de recreo y solaz en la vida, no se desdeñan de acompañar asiduamente sus cenizas en la muerte; dividido en anchas calles que parten en cuadros aquella ciudad de difuntos, á cuyas orillas se elevan grandiosos mausoleos de piedra de variadas y caprichosas formas, y de gusto mas ó ménos elegante, dejando en medio millares de negras y humildes cruces entre apiñados arbutos que crecen tambien humildemente sin órden ni alineacion, signo de la clase pobre á que pertenecieron los que yacen al pié de ellas, que hasta al sepulcro llevan los hombres el orgullo de la distincion de jerarquias y la ostentacion de las riquezas, como intentando disputar á la muerte el derecho de igualarlo todo; pendientes acá y allá de los brazos de las cruces y de las puntas de las pirámides multitud de coronas de perpétuas y rodeados muchos sepulcros de pequeños jardinitos de amarillas y moradas flores, se tendria por un bello paseo de recreacion, si donde quiera que

se dirija la vista no se leyese una inscripcion fúnebre, ó si no se divisase de trecho en trecho una mujer vestida de luto que arrodillada delante de la tumba de su hijo ó de la lápida que cubre las cenizas de su esposo, llora el desamparo de la viudez ó el desconsuelo de la maternidad.

Sin embargo, quizá no hubiera hecho mencion del cementerio de Burdeos, habiendo de tener que describir despues el sin igual del padre *La Chaise* de Paris, si pudiera dispensarme de consignar la triste y agradable impresion que sentí al encontrar en él la tumba de un célebre artista español. Leía, sí, con admiracion y respeto las inscripciones con que la posteridad honraba la memoria de los hombres célebres del país (que los monumentos consagrados á la grandeza y la virtud deben interesar á los hombres de todos los países), tal como la que la guardia nacional habia hecho esculpir en el tumulto del bravo *Deschamps*, coronel de la legion del Sur, muerto en 1833; y aquellas sus últimas y sublimes palabras: « *Camaradas: os dejo en legado la corbata de mi vieja bandera. Mas de una vez ha visto retroceder al enemigo. Colocada de hoy mas en medio de vosotros, confío en que sabréis mantenerla en el camino del honor.* »

Pero cuando leí: « *aquí hace el famoso pintor español FRANCISCO DE GOYA,* » sentí una emoción de alegría y de tristeza que no pude disimular. De alegría, por ver veneradas en el extranjero las cenizas de un distinguido compatriota; y de tristeza al contemplar que los artistas españoles alcanzan en país extranjero siquiera una piedra y una inscripcion que recuerda y perpetúa su nombre, cuando en España yacen tantos hombres célebres ignorados bajo una capa de tierra y de yerba que pisa el pueblo con ruda planta sin imaginar siquiera que está conculcando los restos de quien en vida supo admirar á sus conciudadanos. Y entristeciame tambien, porque quisiera que los grandes hombres españoles ni vivos ni muertos faltaran de España, en vida con sus obras y talentos, y en muerte con sus monumentos y sus tumbas estuvieran perpetuamente honrando y ensalzando el país que tuvo la gloria de verlos nacer.

Dirigiendo estaba, yo Fray Gerundio, la última mirada de cariño y respeto al célebre autor de *los caprichos*, cuando se acercó Tirabeque á preguntarme: « Señor, ¿ qué quiere decir aquel letrero que se lee allí en aquella pared? »

BIENTOT ON DIRA DE VOUS
CE QU'ON DIT DE NOUS :
« ¡ ILS SONT MORTS ! »

— Eso es muy sencillo, hombre.

Pronto dirán de vos
lo que hoy dicen de nos :
« ¡ han muerto ! »

— ¡ Hola, hola, mi amo ! Lá advertencia es un poco seria ; vámonos de aquí si á Vd. le parece, que estos muertos aunque hablan poco suelen decir mas verdad que los vivos. Y ahora me ocurre que no seria malo que allá en España se pusiera en uso esta máxima para algunos casos, como por ejemplo cuando los ministros que caen dan posesion á los ministros que suben, debian despedirse siempre diciendo :

*Bientôt on dira de vous
ce qu'on dit de nous :
« ¡ ils sont morts ! »*

Quedad, hermanos, con Dios,
que pronto dirán de vos
lo que hoy se dice de nos :
« ¡ CAYERON ! »

Aun reía yo de la aplicacion de mi buen lego cuando llegámos á la puerta de la salida : el guarda ó portero deberia extrañar el verme salir riendo de un lugar tan fúnebre, pero él tambien se sonrió al leer la inscripcion y divisar el busto de Luis XVIII en el anverso de un franco que pasaba á su dominio ; y vayan apuntando partidas menudas los que se hallen con ánimo de viajar.

El Hospicio.

De regreso acordámos entrar á ver el hospicio ú hospital civil moderno, elegante y suntuosa obra de arquitectura, y en que si bien se admira el gusto y material magnificencia del edificio, admira mucho mas, y deleita y encanta el orden, aseo, esmero y buena administracion interior, tal que pienso no seria aventurado el decir que pudiera tomarse por modelo de esta clase de establecimiento de beneficencia. Llamáronnos la atencion las máquinas para lavar ropa, otra máquina para hacer moler un molino con agua caliente, y mas que todo el ver la oficina de farmacia des-

empeñada por una seccion de las mismas hermanas de la caridad que tienen á su cuidado la asistencia de los enfermos, siendo testigos por un buen rato de la facilidad y soltura con que despachaban cada receta que llegaba, que en aquella hora menudearon bastante. — Señor, me decia Pelegrin, aquí en Francia las mujeres son hombres fuera del sexo. — ¡Vaya una explicacion singular, hombre! — Señor, dígolo, porque ellas son botilleras, ellas son comerciantas, ellas son escritoras, ellas son boticarias, ellas son.... — Son de mas provecho que tú : y vamos, porque estamos sirviendo de estorbo á estas señoras.

Salimonos procurando acreditar que los españoles no miramos con indiferencia á la humanidad doliente, y despedimonos por último del portero de la manera que en Francia, aviso á los viajeros, hay que despedirse de los porteros de todos los establecimientos de cualquiera especie y condicion que sean.

Visitámos ademas aquel dia el colegio de Sordo-mudos, el de señoritas huérfanas, y varios otros institutos tan útiles como bien organizados, siendo de notar en todos ellos la limpieza y el aseo. Pero ya es tiempo que digamos algo de lo que en Burdeos sorprende mas y deja mas duradera y extraña memoria al extranjero, principalmente si es español.

Los Teatros.

Hay dos en Burdeos, el llamado *des Variétés* ó *petit théâtre*, donde se representan los alegres *Vaudevilles* y las piezas cómicas ligeras y de menor cuantía, y el *Grand Théâtre*, de que queda hecha mencion en otro artículo, destinado á la ópera, al gran baile y á los dramas de mas importancia, ejecucion y espectáculo.

Pero ántes de pasar á describir las nuevas y singulares escenas que tuve ocasion de presenciar en cada uno de ellos, debo decir dos palabras de la costumbre que hay en punto á expencion de billetes y distribucion de localidades.

El extranjero que se llegue á la ventanilla del despacho á pedir sus billetes, en vano esperará ver salir su pedido por el pequeño y único agujero que deja abierta la cerrada reja de la ventana. — ¿No me ha entendido Vd., señora? Dos billetes de *primeras*. — *Oui, Monsieur, oui; deux billets des premières.* — Pues bien, hágame Vd. el favor. — *Oui, Monsieur, oui, deux billets des premières : les voilà.* — Pero señora, ¿me da Vd. los billetes? — *Oui, Monsieur, oui.* — Sí señor, sí, pero Vd. no me los da. — Y así se

estará eternamente miéntras no vea los francos en la tabla del mostrador. Y esta costumbre de no entregar los billetes sin que vaya por delante la paga, es extensiva á los despachos de diligencias, de caminos de hierro, y cualesquiera otros en que los billetes fueren menester.

No hay que temer que en los despachos de teatros falten nunca billetes de entradas de cualquier localidad que se pidan : jamas dicen : « no hay billetes ; » si el teatro está lleno, si no es posible ya entrar, tenga paciencia el curioso aficionado si perdió su dinero y se ve privado de ver la funcion. No hay como en España billetes numerados correspondientes á determinado asiento y con derecho exclusivo é individual inamisible á él : allí un billete de *primeras* faculta para ocupar un asiento de *stalles* ó lunetas, ó uno de palcos principales (*premières loges*) ó de *primeras galerías* (porque la estructura de los teatros tampoco es igual á la de los de España), y uno de *segundas* da opcion á cualquiera de los palcos segundos, ó de las galerías de segundo orden y otras localidades, como los de *parterre* (patio) la da á cualquiera de los asientos de su clase, á libre y absoluta eleccion del comprador ; de manera que allí la ventaja y la comodidad está de parte de los que se adelantan, ó de los mas atrevidos, ó de los mas forzudos empujantes empellonistas. El que se descuida un tantito, aunque vaya provisto de su billete de *primeras*, ó tiene que quedarse en pié derecho, ó si ni aun así halla cabida, salirse mustiamente á buscar otra diversion.

Ni aun la eleccion de un asiento da un derecho de posesion permanente y seguro. Si le abandona en un entreacto, excusa de contar con él, porque se habrá posesionado muy frescamente un inmediato sucesor, á no ser que haya dejado alguna prenda, como el pañuelo, el sombrero, un guante ó cosa tal, que esta se respeta y acata, siempre que el primer poseedor vuelva á ocupar su asiento ántes que se levante el telon ; pues de otro modo ha prescrito el derecho y no hay ley que le favorezca y ampare.

No es raro ver á los cumplidos y urbanísimos franceses con el sombrero encasquetado en el acto de la representacion. En el segundo orden de *loges* ó palcos hay algunos destinados *por ley de buen gobierno* á las colegialas de ciertos establecimientos no literarios ni científicos, pero si industriales, las cuales se presentan en uso de su prerogativa teatral con la confianza y el encantador desembarazo que da la virtud y el ascetismo de su vida colegial.

Quejámonos en Madrid, y muy justamente, del abusivo comer-

cio que ejercen con los billetes de teatros los revendedores. Pero si alguno quiere saber la altura á que ha llegado este mercado, no tiene sino colocarse una noche á la puerta de algunos de los teatros de Burdeos, si es que sus oídos están dotados de tan fuertes tímpanos que puedan sufrir la algarabía de unas cuantas docenas de revendedores gritando á todo gritar : *une première ; deux secondes ; trois parterres : secondes, parterre, premières*. Y esto no solamente á la primera hora ó de entrada, sino durante todo el tiempo de la representacion, porque allí hay la costumbre de que muchos que asisten á una ó dos piezas de la funcion, benefician al salir sus billetes para otros que prefieren concurrir solo á la tercera y cuarta, con la rebaja de una mitad ó tercera parte de precio, de lo cual aprovechándose los revendedores, se llevan toda la noche haciendo un comercio activo, especie de tráfico de bolsa en que sufre el papel mil altas y bajas, alternativas y oscilaciones, segun la concurrencia que se presente al mercado, siempre atronando con sus voces y desahorados gritos.

La desconfianza en punto á la legalidad de estos documentos llega á tal punto, que ántes de tomar el concurrente posesion de su asiento, tiene que sufrir su billete el reconocimiento de tres aduanas por lo ménos, y poco falta para que haya que confrontarlo con el libro maestro como los billetes de banco ó los títulos del cinco por ciento de la deuda.

Yo veía sin incomodidad este desorden y llevaba sin alterarme estas impertinencias por el placer de decir : « Loado sea Dios que encuentro una cosa mas desarreglada que en España, y en que podemos ofrecer á nuestros vecinos lecciones de cultura, de arreglo y de generosidad. »

La plaza de toros.

Al leer este epígrafe estoy seguro que nadie creerá que voy á hablar de una costumbre francesa, puesto que en Francia ni hay plazas de toros, ni se conocen estas fiestas que la civilizacion, la humanidad y el buen gusto tienen tan admitidas en España. He aquí el mérito del viajero, encontrar en un país extraño lo que nadie ve, lo que no ha existido nunca.

Eran las seis y média de la tarde en Burdeos ; aun no habia anochecido en Burdeos, y me dirigí al gran teatro de Burdeos. La escena es en Burdeos, señores : se me habia olvidado expresar el lugar en que esto pasaba. Suntuosa entrada correspondiente á la

magnificencia del edificio : déjase el baston en depósito á un guardabastones con arreglo á ordenanza, la cual prescribe tambien se alce el depósito en el último intermedio de la funcion, mediante una retribucion módica : el mio me habia costado real y medio de primera compra, y los derechos de depósito hicieron subir con el tiempo su coste á cinco pesos fuertes ; pero esta curiosa historia se reserva para contada aparte : subí por uno de los dos ramales de la gran escalera doble, y fuí á tomar posesion de una luneta : una mujer tuvo la bondad de abrírmela, porque allí los asientos de luneta están cerrados con llave para que no se escapen, y las mujeres en Francia son las interventoras, contadoras, administradoras, intendentas y subsecretarias de todo lo que pertenece ó tiene relacion con la hacienda.

El teatro, allí sala de espectáculo, es tan grandioso por dentro como da derecho á esperar su exterior suntuosidad y grandeza. Ejecutose primero el *Shakespeare enamorado*, y en seguida se dió principio á la opera *Lucia di Lammermoor*. Era la primera salida (*début*) de *Mr. Mezeray*, baritono, y la segunda de *Mademoiselle Prevost-Colom*, prima donna tiple, y de *Mr. Duluc*, primer tenor. En la Santísima Trinidad solo padeció la segunda persona, en esta vamos á ver padecer á todas tres, y lo que es peor, á mí con ellas.

Hay un artículo de reglamento en el *gran teatro* de Burdeos, como en otros muchos de Francia, segun el cual el cantante que aspira á ocupar plaza en la compañía tiene que sufrir el ensayo de tres salidas. El público es el juez en este exámen. Si el público aplaude al candidato en estos ejercicios de prueba, la empresa le confiere la plaza ; si el público le desecha con demostraciones de desaprobacion, el candidato queda en el mismo hecho declarado cesante, y ya puede echarse á pretender por otra dependencia. La eleccion no puede ser mas directa, ni el gobierno mas democrático ; la soberanía reside esencialmente en el pueblo : el Poder Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial están reasumidos en uno solo, el pueblo ; república lírica completa.

El primer acto se habia pasado sin una votacion decisiva y determinada ni en pro ni en contra de los *débutants* ; la cámara popular habia vacilado entre el voto de confianza y el voto de censura ; no podia asegurarse quién obtendria la victoria, si la oposicion ó la fraccion ministerial, á pesar de los esfuerzos que esta hacia para conquistar los votos de los indiferentes á fuerza de palmadas y de *bravos*. Es de saber que en todos los teatros de